YO, PECADOR

YO, pecador de mí,
licenciado en sudor,
picapedrero.

Confieso mi ignorancia.
Digo que soy indigno de soñar,
indigno de llamarme
hijo Tuyo,
de acudir a la cita milagrosa
de los astros prudentes.

De andar entre los hombres
como uno más,
como uno menos capacitado para vivir,
para ganar la vida.

Digo mi palabra.
Pan de mi pecho.
Alimento diario de mi huella.

Confieso mi dolor.
Hago inventario
del suceso interior que me conmueve.

Ahora me expreso
excitado de asedios manuales,
de pequeñas conciencias,
de pequeños leopardos que me envuelven.

Presión así, presidio de la prisa,
el verbo se acrisola en cada sílaba
hasta hacerla cristal,
cristal con lumbre,
con heridas de sangre iluminada.

Hasta hacerse carbón, carbón ardiente
señal de una presencia inconfundible.

MANUEL MOLINA